

CAPITULO CCXXI

Desgracias ocurridas en el Rosellon.—Pérdida de Perpiñan.—Descalabros de la Motte en Tortosa y Tamarite.—Formacion de un nuevo ejército.—Marcha el Rey á Zaragoza.

La desdichada accion de La Granada había sido un golpe fatal para las armas castellanas (1).

En un impreso hecho en Barcelona en 1641, que lleva por título: *Relacion de la verdadera rota y presa del general D. Pedro de Aragon y de todo su ejército*, se halla, entre las curiosas noticias que contiene, una lista de los jefes y demas oficiales que fueron conducidos á Francia en calidad de prisioneros, y hasta los nombres de los buques que les condujeran.

Por tierra, segun dice la misma *Relacion*, fueron conducidos los personajes siguientes:

D. Pedro de Aragon, general en jefe.
D. Francisco Torraló, lugarteniente.
El marques de Ribas, general de artillería.
D. Vicencio de la Malta, general de caballería.
D. Diego Sans, comisario general.
El baron de Letosa, comisario general.
D. Martin de Mugica y D. Pedro Pardo, maestros de campo.
Siete criados del marques de Pobar.

Los que fueron embarcados tambien se nombran en el mencionado impreso, así como igualmente los buques, segun he dicho, que fueron las galeras *Cardenal, Ducal, Montreal, Vigilante, Segue-rana y Fransac*.

«Sin estos oficiales referidos, concluye aquella *Relacion*, han llevado á Francia prisioneros dos mil ciento cincuenta hombres, convoyándoles de quinientos en quinientos; finalmente, todo el ejército entero, desde los generales hasta los soldados simples, van prisioneros á Francia, para rendir vasallaje al Monarca, tan justo como potente, que veneran las armas de la Europa por Máximo.»

Como se comprende perfectamente por las anteriores frases, el autor del impreso era de los partidarios de Francia que no comprendían que aquel Monarca tan poderoso, aclamado en *Europa por Máximo*, si les había ayudado en su empresa no había sido porque su causa le fuera más ó ménos simpática, sino por su interes particular, por satisfacer rivalidades y rencores antiguos, y que de tal modo había de tratarles despues, que habrían de convencerse de lo poco que adelantaran cambiando de Señor.

Pero entónces todavía los catalanes estaban ciegos respecto á sus buenos amigos los franceses.

Creyéronles de buena fe, y sobre todo las victorias alcanzadas les daban mayor prestigio á sus ojos.

Las torpezas, las terquedades y los errores del conde-duque de Olivares habían producido aquel estado, y todavía había de cometerlas tales que la situacion se empeorase, segun tendremos ocasion de ver en los capítulos sucesivos.

Deplorable era tambien el aspecto que para las armas españolas ofrecía la guerra del Rosellon.

Richelieu había prometido presentarse en el campo de batalla, y efectivamente al lado del Monarca se había mostrado al frente de los veinte y seis mil hombres que operaban en aquella provincia, bajo el mando de los mariscales Schomberg y la Meylleraie.

Fácilmente se comprende que ni el mariscal ni el Monarca iban al lado de sus soldados para dirigirles, pero su presencia les alentaba, les infundía doble valor; sus necesidades estaban mejor atendidas y por todos estilos en beneficio suyo refluía la presencia de tan elevadas personas.

En cambio de eso, los españoles apenas contaban ni aún con la gente más indispensable para el guarnecimiento de las plazas.

El mariscal de la Meylleraie fué á poner sitio á la de Colibre, donde estaba el marques de Mortara, alentado por la escasez de soldados españoles de que dejamos hecho mérito, pero se encontró con una resistencia que no esperaba por cierto.

Batióla con obstinacion, y los sitiados, á pesar de tener abiertas sus murallas, hicieron tan vigorosas salidas, que en una de ellas llegaron hasta apoderarse de seis piezas; pero á pesar de tanto valor, la falta de agua les obligó á capitular, aún cuando bajo honrosísimas condiciones, en el mes de abril de 1642.

A esta capitulacion siguióse la de otras plazas ménos importantes, hasta que, finalmente, fijáronse las miradas de los enemigos en Perpiñan, metrópoli del condado, y por lo tanto la mejor joya de él.

Los dos mariscales, con todas las fuerzas de que podían disponer, pusieronse al frente de la plaza, y tan vigoroso fué el asedio y tanto fué el interes que pusieron en el feliz término de su empresa, que nadie absolutamente podía salir de la plaza ni atravesar las líneas de circunvalacion.

El marques de Flóres de Avila con tres mil españoles defendía la plaza, y verdaderamente que esta defensa constituye una de las mejores páginas de nuestra historia, puesto que por espacio de cinco meses estuvieron defendiéndose, y sufriendo un hambre tan horrosa que, despues de haber agotado hasta los más inmundos animales, llegaron á comerse los pergaminos y á roer las correas, quedando, finalmente, reducida la guarnicion al cabo de aquel tiempo á quinientos hombres.

(1) En la continuacion de la obra de D. Francisco de Melo, tantas veces citada por nosotros, escrita por D. Jaime Tío, se encuentra perfectamente detallada esta batalla, de la que nosotros apenas hemos hecho más que dar una idea.

Faltos de todo socorro, sin tener confianza en nada ni esperar de nadie, no tuvieron otro remedio que capitular, y aquel puñado de valientes salió con todos los honores de la guerra, con seis piezas de cañon y municiones para veinte tiros, mientras que sus adversarios penetraban en la plaza.

El día 9 de setiembre de 1642 tomaron posesion de ella los franceses, y con esto quedó definitivamente perdida para España aquella rica provincia, defendida siempre y sostenida con tan justo como tenaz empeño por los monarcas anteriores.

Rico depósito de España en aquella época, Perpiñan encerraba, cuando los franceses se apoderaron de ella, cien cañones de distintos calibres y armas suficientes para veinte mil hombres.

Entre tanto que en el Rosellon tenían lugar estos acontecimientos, en las fronteras de Aragon, el mariscal de la Motte, despues de haber realizado el golpe de fortuna de que dimos cuenta en el anterior capítulo respecto al ejército de D. Pedro de Aragon, creyó que aquello bastaría para desalentar á todas las demas poblaciones que permanecieron fieles al Monarca, y fué á poner sitio á la plaza de Tortosa.

Pero el gobernador que en ella había, Bartolomé Medina, hizo un llamamiento á todas las clases de la poblacion, y lo mismo el clero que la nobleza, la guarnicion y el pueblo, y hasta las mismas señoras portáronse con tal denuedo rechazando al enemigo, que éste, despues de dejar ochocientos hombres muertos en los fosos, no tuvo otro remedio que retirarse.

Para vengar su afrenta entróse por las tierras de Aragon, cayendo sobre Tamarite de Litera, donde precisamente el año anterior había pagado con una indigna alevosía la confianza que el vecindario depositara en él; así fué que le recibieron á tiros, y despues de haberle muerto quinientos soldados, huyeron á los montes, quedándose algunos en la torre de la iglesia, donde se hicieron fuertes resueltos á morir antes que rendirse.

Pero el general frances se contentó con incendiar la poblacion y se alejó de ella cubierto de ignominia, y aún cuando despues cayó sobre Monzon, que capituló, finalmente comprendió que no era fácil conseguir nada en Aragon y volvió de nuevo á Cataluña, dirigiéndose á Lérida, á fin de no comprometer más su ejército.

El marques de la Hinojosa, que había continuado en Tarragona, circunscribió todas sus operaciones á hacer alguna que otra escursion por aquel campo, llegando en alguna de ellas hasta destruir una columna franco-catalana, compuesta de mil quinientos hombres, de los cuales degolló una gran parte.

En 30 de junio de 1642 la escuadra española de Dunquerque, bajo el mando del almirante Feijo, batió á la escuadra francesa, echándole á pique nueve buques, y dejando muy mal tratados los demas, pero habiendo recibido refuerzos éstos, los españoles hubieron de sufrir un desastre que les obligó á retirarse al puerto.

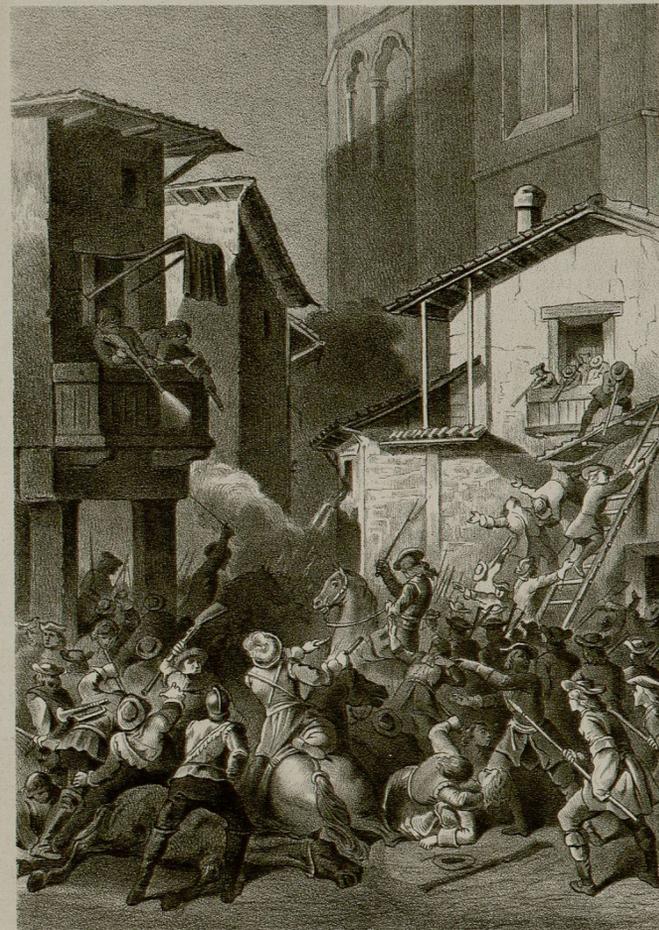
Por este tiempo se realizó el viaje de Felipe IV á Zaragoza, á ponerse al frente del ejército, viaje deseado por todo el mundo, y que lo estaban reclamando las circunstancias, pero que del modo que se verificó no dió resultado de ningun género.

Oigamos cómo se expresa respecto á este particular un historiador de nuestros días:

«Clamaba todo el mundo, y desde el principio de la guerra se llevaba clamando porque el Rey fuese á animar con su presencia á los que combatían por él, al modo que lo estaba haciendo el rey de Francia. Oponíase sólo el de Olivares, temeroso sin duda, ó de que se hiciera patente su ineptitud, ó de que le suplantara en la privanza algun general de inteligencia ó de fortuna. Al fin no pudo acallarse el clamor universal, y se acordó la jornada del Rey. Dispúsose todo con gran ruido y aparato: hizose un llamamiento general á todos los grandes, nobles y caballeros á fuero de Castilla, conminando á los que no acudiesen con penas deshonrosas; se registraron y se recogieron todas las armas ofensivas y defensivas; se hicieron levas y requisas de hombres y de caballos, y poblaciones hubo, como Madrid, donde ni quedaron hombres que ejercieran ciertos oficios, ni caballos de tiro para los coches. Faltaba dinero, y se apeló al patriotismo de los grandes y ricos para que cada cual ocurriese á los gastos á título de donativo, segun su fortuna y facultades, lo cual produjo una no despreciable suma. Cuando todo estuvo dispuesto, emprendió el Rey su jornada, pero con tal lentitud, que habiendo salido de Madrid el 26 de abril, fuese deteniéndose en Aranjuez, Cuenca, Molina y otras poblaciones, entreteniéndole el Conde-duque con fiestas, en términos que no llegó á Zaragoza hasta el 27 de julio, presentándose, no con la sencillez de quien iba á una expedicion militar y á ver de enderezar una guerra desgraciada, sino con el boato, la pompa y magnificencia de quien fuera á celebrar un gran triunfo.»

Diez y ocho mil infantes y unos seis mil caballos pudieron reunirse merced á aquel esfuerzo, siendo nombrado general en jefe el marques de Leganes.

Tambien se armó en Cádiz una escuadra de treinta y tres buques de guerra y cuarenta naves menores con nueve mil hombres de tripulacion, dándose al duque de Ciudad-Real el mando de ella.



DERROTA SUFRIDA POR LOS CASTELLANOS EN LÉRIDA

CAPITULO CCXXII.

El marques de Leganes al frente del ejército castellano.—Derrota que sufre en Lérida.—Regresa el Rey á Madrid.—Muerte de Richelieu.

NOTABLES rasgos de desprendimiento ofreciéronse con motivo de la formación del ejército castellano, segun acabamos de manifestar, descolando entre ellos el del rico negociante de Madrid, D. Manuel de Cortizos de Villasante, quien al pedirle en persona la Reina dinero prestado sobre sus alhajas para atender á los gastos de aquella empresa, el noble español no quiso recibirlas, entregando sin garantía de ninguna clase ochocientos mil escudos, á fin de que fuesen enviados al ejército.

Poco se parecían estas muestras de desprendimiento y desinterés al egoísmo y torpeza del favorito.

Y aún no bastó á la noble y desinteresada señora la galantería del gentil negociante, sino que, aceptando en bien de la patria su cortes donativo, envió las mismas joyas que le ofreciera como garantía del préstamo á Zaragoza, para que su valor fuese destinado á los gastos de la guerra.

Fué portador de ellas el conde de Castriello, y tambien de una carta donataria en la cual halagaba mañosamente el amor propio del Conde-duque, á quien ya trataba de derribar para librar á España de los males que su privanza la acarreaban.

Manifestóle de palabra por medio del de Castriello su deseo de que el mismo Olivares hiciese la entrega de las joyas, y la carta estaba concebida en estos términos.

«Conde: Todo lo que fuere tan de mi agrado como que el Rey admita mi voluntad en esta ocasion, quiero que vaya por vuestra mano; y así os mando supliquéis á S. M. de mi parte se sirva de esas joyas, que siempre me han parecido muchas para mi adorno, y pocas hoy que todos ofrecen sus haciendas para las presentes necesidades. De Madrid, hoy viénes 13 de noviembre de 1642.—La Reina.»

Antes de emprenderse la nueva campaña, sípuse el desastre del Rosellon, y considerándose perdida aquella provincia, varióse por completo de opinion respecto al plan de campaña que había de seguirse.

Habíase pensado dividir las fuerzas en dos cuerpos, á fin de que operasen simultáneamente por el Rosellon y por Cataluña, mas una vez que en aquel sitio ya era imposible, se decidió porque todas ellas se dirigieran á Cataluña, y efectivamente, á fines de setiembre de 1642 puséronse en movimiento todas las tropas bajo el mando del marques de Leganes.

Por Aytona atravesóse el Segre, y el día 7 de octubre fueron á situarse delante de Lérida, en el llano denominado de las Horcas.

Allí les esperaba ya el mariscal de la Motte al frente de doce mil hombres, perfectamente posesionado de una colina llamada de los Cuatro Pilares.

Valiente fué la primera acometida verificada por D. Rodrigo de Herrera al frente de cuatrocientos jinetes, llegando en el primer momento hasta apoderarse de una batería enemiga que estaba colocada en un repecho.

Mas prontamente enviaron los franceses refuerzos, y nuestros valerosos soldados hubieron de retroceder.

Desde este momento pudo considerarse ya por perdida la batalla, no porque el valor faltase á los castellanos, no porque fuesen inferiores en número, sino por la mala direccion del combate, por la confusión que reinaba en las disposiciones tomadas, por la carencia, finalmente, de condiciones tan necesarias en un cuartel general para batallas semejantes.

Faltaban las hábiles combinaciones, los movimientos estratégicos indispensables, faltaba, en fin, una direccion acertada.

Cada oficial peleaba por su cuenta sin saber á quién obedecía; había una carencia absoluta de unidad, y ni se daban las órdenes á tiempo, ni se sabía obedecer las que se recibían, ni nadie se entendía en medio de aquel general desconcierto.

¿Qué mucho que los franceses pudieran obtener la victoria, si los mismos que debían disputársela se la estaban dando?

En vano fué que estuviera peleándose desde la mañana hasta la noche, en vano que se hicieran prodigios de valor, en vano que perdiesen la vida multitud de valientes oficiales y soldados, el desquiciamiento reinaba en la cabeza, y difícil era que los brazos pudieran marchar bien.

Con la noche cesó el combate, y el de Leganes, que no había sabido dirigir la batalla, tuvo que ordenar la retirada, quedando el de la Motte dueño del campo y orgulloso con su victoria.

En cambio el espíritu moral de nuestro ejército sufrió de un modo notable.

No fueron grandes las pérdidas, aún cuando dolorosas siempre, pero ya no hubo otro remedio que renunciar á posesionarse de Lérida, y retirado el ejército á cuarteles de invierno, fué amenguándose y debilitándose por efecto de las deserciones que cada día fueron en aumento.

En otros campos había adquirido gloria el marques de Leganes, pero toda quedó eclipsada con el descalabro de Lérida, habiendo de sufrir que se le hiciesen acusaciones, fundadas unas é infundadas otras, pero la verdad es que en grave responsabilidad incurrió inutilizando un ejército que tan costoso había sido para España.

Demostó el marques de Leganes con los resultados que la glo-

ria ganada anteriormente era innecesaria, y los triunfos primeros con esta fama lograron engañar al Rey en el comienzo de la campaña, aunque despues vinieron los resultados á demostrar la verdad.

Aunque tarde, procuró la corte enmendar su yerro, y depuso al desafortunado general, desterrándole á Ocaña, donde se abrió proceso sobre su conducta, á pesar de la grande amistad que con el Conde-duque tenía.

Comprendió el Rey pronto el triste espectáculo que estaba allí ofreciendo, y lleno de tristeza, confundido y avergonzado se volvió á Madrid, lamentando el haber salido para una empresa que tan tristes resultados había tenido, y durante mucho tiempo no se volvió á hablar ni á emprender nada contra Cataluña.

Alcanzó tambien la desgracia del de Leganes al duque de Nochera, que gobernaba el reino de Aragon, á quien el rey D. Felipe ordenó trasladarse á Madrid en calidad de preso.

Fueron causa de su desgracia murmuraciones mal interpretadas por personas que podían causar daño.

Pero lo cierto es que el Duque había cuidado de prevenir toda invasion que hubo momentos se creyó inevitable, y que no perdió un palmo de terreno, «antes, avisado siempre, como dice Soto y Aguilar, en defensa del reino, le tenía bien prevenido.»

No llegó á entrar en Madrid el gobernador residenciado, pues habiéndole mandado esperar órdenes en Pinto, murió en su prision.

Errores y desaciertos del Gobierno que recaen en magistrados aptos, perjudican á personas de distincion y privan á la patria de nobles y celosos defensores.

El día 4 de diciembre entró en Barcelona el marques de la Motte, y prestó el juramento acostumbrado y estipulado con la corte francesa como virey de Cataluña.

Al mismo tiempo que esta ceremonia tenía lugar en la capital del Principado, un acontecimiento que había de sentirse muy profundamente y variar la marcha de otros sucesivos acaecía en Paris.

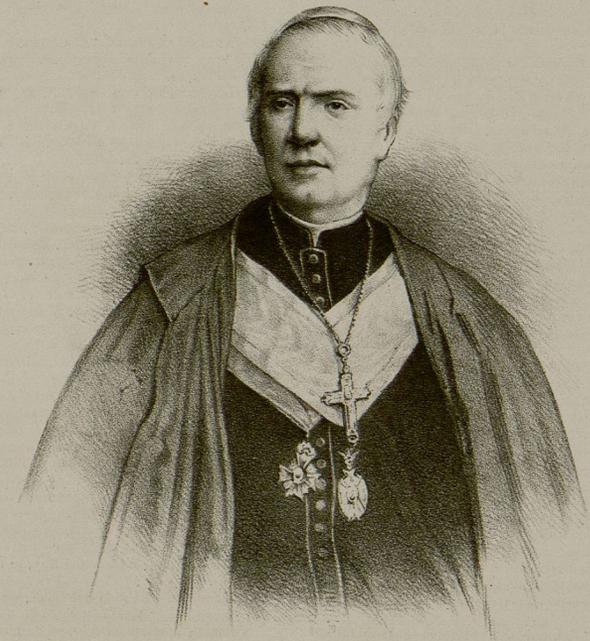
El gran cardenal de Richelieu, el célebre político, el hombre extraordinario que exclareció su siglo, dió gloria y grandeza á la Francia y preparó el camino á Luis XIV, el que por tantos años había dirigido los destinos de su patria haciéndola pesar más que ninguna otra nacion en los acontecimientos europeos, el que bajo el peso de su inteligencia superior humillaba constantemente á su pretendido rival el presumido conde-duque de Olivares, el grande enemigo de las casas de Austria y de España, cuya enemistad causó tantos males y tantas pérdidas á los estados de los Reyes Católicos, moría en Paris, cuando su emisario tomaba, digámoslo así, posesion de la conquista más importante que contra esta nacion había verificado.

De esta suerte se rompen todos los cálculos y caen por su base todas las predicciones: á no morir Richelieu entónces, los acontecimientos posteriores hubieran seguramente seguido otra marcha.

Con esta ocasion escribió Luis XIII la siguiente carta á los diputados catalanes.

«Queridos y muy amados:

«Nadie ignora los grandes y señalados servicios que nuestro muy querido y amado primo el cardenal de Richelieu nos prestó, y con cuán buenos resultados prosperó el cielo los consejos que él nos dió; y nadie puede dudar que sentiremos como es debido la pérdida de tan fiel y buen ministro. Por tanto, queremos que sepa todo el mundo cuál es nuestra pena, y cuán cara nos es su memoria por los testimonios que de ello daremos siempre. Pero como los cuidados que debemos tener para el gobierno de nuestro Estado y demas negocios deben ser preferidos á cualquier otro, nos vemos obligados á tener más atencion que nunca y aplicarnos de tal modo, que podamos marcar los progresos que ahora habemos, hasta que quiera Dios darnos la paz, que ha sido siempre el objeto principal de nuestras empresas, y para cuyo logro perderemos, si es menester, la vida. Con este fin hemos determinado conservar en nuestro consejo las mismas personas que nos han servido durante la administracion de nuestro primo el cardenal de Richelieu, y que le sustituya nuestro muy caro y amado primo el cardenal Mazarini, que tantas pruebas nos tiene dadas de su afecto, fidelidad é inteligencia cada y cuando lo hemos empleado, sirviéndonos muy bien y como si hubiese nacido vasallo nuestro. Pensamos sobre todo seguir en buena concordia con nuestros aliados, usar del mismo vigor y de igual firmeza en nuestros negocios como hasta ahora, en cuanto permitan la razon y la justicia, y continuar la guerra con la misma asiduidad y con tantos esfuerzos como desde que á ella nos obligaron nuestros enemigos, y hasta que, tocándoles Dios el corazon, podamos contribuir con todos nuestro aliados al restablecimiento de la paz en la cristiandad, de tal manera que en lo futuro nada ya la turbe. Hemos creído oportuno comunicaros esto, para que sepáis que los negocios de esta corona irán siempre con particular cuidado en cuanto concierne á vuestro Principado de Cataluña para guardarlo de todos los esfuerzos del enemigo. Queridos y muy amados nuestros: Dios os tenga en su santa guarda. San German de la Haya á los doce de diciembre de mil seiscientos cuarenta y dos.»



EL ARZOBISPO DE BRAGA.